

PRECIO EN MADRID.

Por un mes..... 1 Pesetas
 Por tres meses..... 3 »

ADVERTENCIAS.

La mayor desgracia de la revolucion consiste en que RIGOLETO visitará al público seis veces al mes.

La manera ménos sensible de hacer la suscripcion es anticipando su pago, en libranzas ó sellos de correos, no respondiéndose de éstos si no viene certificada la carta.

Se traspasan los porrazos patrióticos y las sobas de tolerancia.

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses..... 3 Peseta
 Valiéndose de comisionados... 3,50 »

Extranjero y Ultramar.

Por tres meses..... 7,50 »
 Filipinas, un año..... 35 »

NOTA.

La palabra *progresista* colocada á la cabeza de este periódico, da la medida de la fuerza de su color.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

FLOR BAJA, 13, PRINCIPAL.

ADMINISTRADOR: D. ESTEBAN LOPEZ

NÚMERO SUELTO EN MADRID: 10 CÉNTIMOS.

RIGOLETO

PERIÓDICO PROGRESISTO.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 5, 10, 15, 20 Y 25 DE CADA MES.

SUSCRICION

PARA EREGIR UN MONUMENTO Á ZUMALACÁRREGUI.

	Ptas. Cts.
Suma anterior	63' 25
D. José María Alegre.....	1
D. Pascual Onate.....	5
D. Feliciano Mayo.....	1
D. Francisco Sangüesa.....	1
D. Carlos Celma.....	1
D. Francisco Dilla.....	45
D. Jorge Dilla.....	1
D. Enrique Lopez.....	2' 50
TOTAL.....	76' 20

(Se continuará.)

Á BUENA HORA.....

Mangas verdes.

Es para desternillarse de risa seguir paso á paso el camino de los carlistas pronunciados, viéndoles tomar posiciones en el proyecto de suscripcion nacional para levantar un mausoleo á Zumalacárregui, con el piadoso designio de continuar fusilando á la doctrina y de alegrar á los liberales con sus patrióticas diabluras.

Como estamos en lo más rigoroso de la estacion del Carnaval, no podemos extrañarnos de lo que sucede; pero tenemos el deber de ponerlo en música antes de que llegue la Cuaresma, en que la música no es siquiera ni un ruido agradable.

Aquellos que desde hace seis meses vienen ametrallando á la doctrina tradicionalista con las peticiones de principios más descabellados; aquellos que en todos los tonos de las plazuelas y de las cárceles han venido aullando contra las opiniones legales, insultando de la manera más sangrienta á las personas, sin excluir la del augusto Duque de Madrid, á quien han escarnecido con lenguaje sólo comparable al de Boet; aquellos que han agotado el vocabulario de los ultrajes más asquerosos contra lo más granado del elemento militar tradicionalista, llamando á nuestros heróicos y bizarros veteranos cobardes, vendidos, recaderos y limpiabotas; aquellos, en fin, que han dado muestras del jacobinismo más repugnante (que siempre lo es el hipócrita y farisáico), parece que se han dado de ojo para plan-

tear de la manera más jocosa y grotesca la ficcion legal de la conciliacion.

El obligado, necesario, indispensable y original Sr. Ternerero es el apóstol de esta novísima cruzada, que gasta careta; y como de tal cabeza no pueden salir más que textos de sobremesa, ya le tenemos por esos mundos de la revolucion *banqueteando* como un progresista de tiros cortos, prendida la servilleta en el ojal de la levita, y perorando como un Demóstenes, relleno de trufas ó de patatas de la tierra.

Barcelona ha sido el teatro primero de estas comilonas reglamentarias, cuyas espectoraciones nos ha servido *La Fé* en macizas columnas de letra menuda; y, si el tiempo lo permite, se continuará este folletin en otros números, hasta que se agoten todos los comestibles y se vea si florece y grana la novísima conspiracion, preñada de lágrimas y suspiros, no de arrepentimiento, sino de furor, porque la montaña no se va hácia Mahoma.

El Sr. Ternerero, mah bocados y sorbos, y haciendo como que llora á chorros, es el general que ha roto los fuegos en favor de la union y la concordia, llenando de flores á «su querido Duque de Madrid, á su angelical esposa y á sus tiernísimos hijos»; pidiendo á «su amado partido carlista» que le atienda, que le escuche y se engolfe en los torrentes de su oratoria diluviana, sin proveerse de un paraguas, para que sus huesos se queden completamente mojados y puedan reducirse á pasta.

La Fé, con la venda quitada de los ojos, secunda los actos de este caudillo, llamándole grande, magnífico, poderoso, triunfador, invencible y á prueba de bomba; y las lenguas de los dos se confunden en una para conmovier las entrañas empedernidas de los intransigentes que no quieren recibirsus abrazos, sin cuenta y razon, esto es, sin tomar sus precauciones para no ser más ó ménos gloriosamente estrangulados.

Ciertamente la union, la conciliacion, la paz, la concordia, son santas palabras; pero si no tienen obras, tales palabras no representan más que un ruido ingrato, semejante al de las abejas, que zumban y pican á la vez, levantando ronchas en los oídos y en el cuerpo: razon por la cual estamos en el caso de averiguar lo que en boca del Sr. Ternerero y de *La Fé* significan.

Hasta ahora ni el uno ni la otra han dicho sobre qué bases ha de asentarse esa conciliacion: si ha de ser con agravio ó desagravio de las doctrinas y de las personas; con arreperamiento de los ofensores ó con nuevos daños de los ofendidos; con restitution de los bienes quitados, ó con nuevos despojos de las victimas. Todo lo que sabemos es que se brinda á los carlistas legales con un beso y con un abrazo; pero estamos en el caso de averiguar si ese beso es el de Júdas y ese abrazo el de Vergara.

Profesamos la opinion de que las diferencias de un partido no se arreglan tan fácilmente como las de las verduleras; pero sabemos que si el augusto Duque de Madrid se inscribiera en la Union Católica, no habrian los mestizos de aborrecerle tanto como le aborrecen; y que si la jefatura del Sr. Nocedal se trasladara á un mete-sillas ó saca-bancos de *La Fé*, los rebeldes, garbanos negros de la causa tradicionalista, habian de volverse más blandos que los de Fuente-Sauco.

Pero estas bases no son, ni podrian ser nunca, de conciliacion, sino de abdicacion; y toda abdicacion de la razon, del derecho y de la dignidad, implica dolencias muy graves en la naturaleza moral de los hombres; por lo cual, la conciliacion que representa una abdicacion, es cosa bastante parecida á una cantárida aplicada á la decencia, en mitad de sus carnes.

Los fundamentos de esta opinion son muy sólidos, porque en este mundo que habitamos los hombres, todo lo que no es razon es sinrazon, todo lo que no es derecho es tuerto ó mal hecho, y todo lo que no es dignidad suele ser indignidad.

De donde inferimos que la obra de la conciliacion entre los tradicionalistas no es un arco de romanos ó de iglesia, que precise grandes arquitectos ó zurcidores de voluntades, sino una labor facilísima, sencilla, cuyo camino puede recorrerse sin saltos mortales ni ejercicios acrobáticos de inminente peligro.

Para ello basta que los que se salieron del campo de la legalidad y se fueron al de la revolucion, amotinados como progresistas, vuelvan á sus antiguos lares; pero no mostrando una geta de á vara, ni escupiendo por un colmillo, ni reventando de *fortes* como portugueses, sino con las orejas gachas, con la humildad que engrandece y la sinceridad que no

humilla, porque al fin no vienen de conquistar reinos ni de ganar corazones, sino de consumir obras que merecen alguna penitencia, satisfactoria y medicinal.

Para ello basta que los que se rebelaron contra el augusto Duque de Madrid y discutieron su autoridad, ofendiéndole cruel y desapoderadamente, vuelvan á su obediencia, acaten sus poderes, ya propios ó delegados, los respeten profundamente y hagan propósito firme de la enmienda, tirando para siempre las mimbres, y renunciando á hacer cestos como los que acaban de hacer.

Todo esto es elemental, rudimentario, práctico, concluyente, y lo que no sea esto es andarse por las ramas, ampararse de artificios y trapacerías para salir adelante con la sedición y volver á las andadas cuando ménos se piense, buscando pan para hoy y hambre para mañana.

Se nos figura que ponemos el dedo en la llaga, y bajo este concepto creemos que la conciliación está hecha á todas horas, siempre que á ella se venga con sinceridad y honradez, pues todos sus caminos han estado y están abiertos para los que han querido andarlos con buena voluntad.

Creemos que estas opiniones son castizas y no necesitan traducirse á la lengua de los hombres sensatos: si todavía se les antojasen confusas á los rebeldes, ya las alumbraremos con luces que sirvan para que brillen tan claramente como el sol del Mediodía.

EN LAS MÁSCARAS.

—¡Querido RIGOLETO!
—¡Un mestizo!...
—¿En qué me conoces?
—En la careta.
—¡Jal! ¡jal! Qué chusco eres. ¿Pues la careta no se ha inventado para disfraz de la cara?
—Eso fué antiguamente; pero ya lo hemos arreglado de otra manera, como dice D. Bartolo, el de *El médico á palos*, y hoy en día la careta es el rostro natural del mestizo.
—¿Qué lengüecita has criado, hombre!
—Lengua sin trufas.
—¿Sabes que tengo deseos de darte un bromazo?
—Puedes empezar. Aunque sentiría que vinieras por lana y salieras trasquilado.
—¡Bah! Tú no eres de los que escriben periódicos con tigras. Pero dime, hombre, ¿es verdad que te ha sorbido el seso el Sr. Nocedal?
—¿Qué bromazo tan simple! Pues dime tú, ¿para qué habia de haber hecho conmigo esa operacion ese caballero?
—Hombre, tú escribes.
—Algo. ¿Y qué?
—Tú piensas.
—¿Me llamas animal con esa frescura?
—Tú eres algo trefe, y cuando se te *ajuma el pescao*, como dice el vulgo, eres capaz de llegar por tu opinion hasta la pared de enfrente.
—¿Qué lenguaje usas! O eres un aficionado al cante flamenco, ó un redactor de *El Cabecilla*.
—¡Quita allá! ¿Tengo yo figura de cabra?
—No.
—Pues entonces no puedo tirar al monte. Pero vamos á ver, ¿crees tú de veras en la eficacia de la mision del señor Nocedal?
—¡Ahora lo hilas más fino! A mestizo me sabes. Pues sí, hombre, creo en la eficacia de esa mision.
—¿Qué tonto eres!
—Tú me avisas de ello.
—¿Crear que el Sr. Nocedal es un hombre necesario!
—Creo mucho más; creo que es indispensable.
—Ahora sí que te enmiendas la plana. ¿Y por qué crees eso?
—Por vosotros los mestizos y por vuestros compinches los rebeldes. Vosotros, y sólo vosotros, habeis hecho que el Sr. Nocedal sea lo que hoy es.
—¿Qué es?
—Un hombre de regular estatura; pero á cuyo lado saltais y brincais vosotros como una camada de pulgas, un poco molestas, pero nada temibles.
—Mira, RIGOLETO, que el símil es bastante rabioso.
—¿Te ha picado mucho?
—Ya me le rasqué. Con que, vamos. ¿Es de veras que crees que el Sr. Nocedal va á llevarse el gato al agua?
—¡Eres un Proteo! Unas veces cantas en flamenco y otras en la mano.
—No: solamente me he vestido hoy de máscara para cantar al Sr. Nocedal.
—Es la enfermedad reinante. Y son tantos los que la pa-

decen, que empiezo á creer que dura el Carnaval todos los días del año.

—No me negarás que el Sr. Nocedal tiene muchos enemigos.

—Conozco á esa mascarada.

—¡Cál!... Todos llevan la cara descubierta.

—La del cuerpo sí; pero no la del alma. Por eso los estamos poniendo en música, y solfeándolos por todo lo alto.

—Y, sin embargo, la estrella del Sr. Nocedal se va eclipsando, y los que tú llamas mestizos y rebeldes triunfan en toda la línea.

—Fíate de esos caballeros y no corras.

—Fracasó la peregrinacion nacional.

—En materia sí; pero no en espíritu. Por eso no se borra su memoria en el tiempo ni en el espacio, como si fuera una profecía que inevitablemente ha de cumplirse.

—¿Puedes negarme que la jefatura del Sr. Nocedal está en peligro de recorrer el mismo camino que el globo del capitán Mayet?

—¡Bah! Ni el Sr. Nocedal es un aereonauta, ni acostumbra á hacer viajes en globo, sino con el pié muy sentado. Ni es su jefatura, por mucho que valga, la que le hace ser invulnerable contra los dardos que se le arrojan, ya vengan de la mano de Pi y Margall ó de la de Cánovas, de la de Pidal ó de la de Ternero, del jacobinismo de las lóginas ó de la lobera de *El Cabecilla*. Otro es el poder que le sirve de escudo en la sangrienta batalla que se viene librando en la ciudad terrena.

—¿Cuál es ese poder?

—El de la doctrina.

—¿Tantos privilegios tiene la que profesa el Sr. Nocedal?

—No tiene más que uno.

—Sepamos cuál es.

—El de que no lleva máscara.

—¡Bah! Hay tradicionalistas poderosos, nativos, de abuelo, que niegan la ortodoxia de la doctrina del señor Nocedal.

—Máscaras.

—Hay católicos que le tildan de hereje.

—Máscaras.

—Hay políticos que le niegan la capacidad, las dotes de hombre de Estado y de gobierno, motejándole de repúblico eternamente imposible....

—Mascarones.

—Vaya, RIGOLETO, que no te creia yo capaz de convertirte en adulador vulgar y adocenado.

—¿Y de qué me serviría serlo? El Sr. Nocedal no me necesita para nada. Y creo que valgo tan poco, que me parece que ni aun para adulador puedo servir.

—¿Es decir que para tí el Sr. Nocedal es la doctrina, y que en torno de ella no se agitan más que máscaras, como en esta fiesta?

—Sí. Hace muchos años que venimos asistiendo á la farsa del liberalismo, que nos hace vivir en perpétuo Carnaval. Los hombres y las doctrinas no llevan caras, sino caretas, y esas máscaras de carton ó de tafetan que hoy salen á luz en Carnestolendas, son tal vez las más inofensivas que gasta la humanidad. Lo que hoy se llama progreso, ¿qué es más que la máscara de la barbarie? Lo que hoy se llama libertad, ¿qué es más que la careta de la tiranía? Lo que hoy se llama justicia, religion, moralidad, ¿qué es más que iniquidad, hipocresía y prostitucion? Esos republicanos que transigen con la monarquía, y esos monárquicos que se casan con la república, ¿qué son más que mascaradas de parásitos y vividores que buscan el sol que más caliente? ¿Qué es Sagasta más que una máscara disfrazada con el traje del Carnaval de su conveniencia? ¿Qué son el duque de la Torre, Moret, Martos, Becerra, Montero Rios, los zurdos y los derechos, los republicanos posibles y los imposibles más que un torbellino de máscaras, detrás de las cuales respira un pancista que no tiene más Dios ni más Santa María que su vientre? Los carlistas rebeldes, ¿qué son más que liberales enmascarados? Los mestizos zizañeros, que proclaman la union de los católicos armando su brazo para que se aporreen de la manera más devota, ¿qué son más que fariseos con careta? ¡Tontos los que todavía gritan ¡abajo las caretas! Si se cumpliera su deseo, la inmensa mayoría de los hombres modernizados se habia de quedar sin cara....!

—¡Ja, ja, jal! Méenos el Sr. Nocedal.

—No hablemos del Sr. Nocedal, sino de su doctrina.

—¿Esa no lleva máscara?

—Pues sí la llevara, ¿tendria el pelo que tiene? Si hay hombres que soportan la carga de la cruz, es porque se han aliviado antes del peso de la careta.

—Renuncio á darte el bromazo que te habia prometido.

—¿Por qué?

—Porque te le estás dando tú mismo. Con esas ideas vivirás constantemente embromado.

—Con ellas he de morir. Pero ¿cuáles son las tuyas? Bien puedes decir las sin que se te ruborice la careta.

—Las mias.... las mias son las que impiden el triunfo de las tuyas....

—Entonces el embromado eres tú, y bien puedo despedirme de tí con estas palabras: ¡Hasta nunca!

—¿No nos volveremos á encontrar?

—¡Creo que ni en esta vida.... ni en la otra!

DESTROZOS DEMOCRÁTICOS.

Comprendo que el Sr. Sagasta se lleve de calle á la izquierda dinástica: hasta el mismo D. Zoilo Perez, su edecan, me parece ya un personaje de grande altura comparado con los más empingorotados de esta democracia de la decadencia.

La izquierda dinástica, para colmo de sus desdichas, cultiva las musas; y su jefe, el duque de la Torre, suele ser con frecuencia la víctima de sus disparos.

En la reunion verificada en la redaccion de uno de sus periódicos oficiales, *La Propaganda Liberal*, el día 31 del pasado, se consumó uno de estos crímenes poéticos, un *duquicidio*, que al mismo Moret, el de la orataria de polison y veloutina, debe haberle horrorizado y hecho aspirar la esencia de un frasco de sales.

Desde Calainos hasta nuestros días, no se han visto en el mundo destrozos poéticos semejantes á los de estos fosforitos, y para muestra vamos á coser á estas páginas algunos botones.

La primera judiada literaria que tuvo lugar en dicha reunion, fué la que se contiene bajo el siguiente rótulo, que declara por sí misma la fragilidad de la mercancía.

Es así:

AL GRAN PARTIDO

DE LA

IZQUIERDA DINÁSTICA,

ESPERANZA DE LA PÁTRIA

Ya sabemos que esta esperanza es verde, y que Sagasta, como buen progresista, aficionado al color, se la está comiendo á paso de carga.

Lo que viene despues del rótulo anterior, es todo un zafarrancho poético, desempeñado á la pluma.

Hé aquí el principio del parto:

«Salud al noble guerrero,
nuestro jefe venerado,
doblemente laureado
por su alma y por su acero;
»Que hoy viene con su blason
y con su heroica figura,
á derramar la ventura
en esta magna reunion.»

Por más que el autor desea salud al duque de la Torre, la verdad es que de la emboscada de esos versos sale con el estertor de la agonía, pidiendo á voces los óleos ó la mortaja.

Porque eso de llamarle guerrero noble, jefe venerado, doblemente laureado por su alma y por su acero, además de constituir un asesinato métrico, es una granizada de disparates que no le deja con vida más que para recibir el cachete de la segunda redondilla, donde se le llama heroica figura y cuerno de la abundancia.

Válgate Dios, por los amigos del duque de la Torre, más implacables tal vez que los enemigos que le crucifican en folletos, folletines y otros excesos.

Indudablemente, la izquierda dinástica ha nacido para servir y amar á Sagasta y para gozarle en la vida del presupuesto.

Despues de haber puesto al duque en escabeche, el autor se propasa á hacer lo mismo con la libertad y el patriotismo, á los cuales echa en adobo y se los come; pero de este pecado le absolvemos, sin excluir á las sartas de disparates rimados que le exornan, porque la libertad y el patriotismo de los liberales y patriotas á la *derniere*, no merecen más destino que el de ser puestos en verso por ellos. Con lo cual quiero decir, que es lo mismo que si los sacaran al patíbulo.

A continuacion se pone en jarras la musa baratera del autor delante de D. Alfonso, ídolo mayor de la izquierda, y abriendo la boca de admiracion, le arroja esta bocanada de poesia:

«Amirador de mi Rey
y custodio de su Trono,
si sus virtudes pregonan
me lo impone hidalga ley:
»Mas noble hijo del mar
entre los libres me encanto,
y gozo en su lazo santo,
y gozo en su digno altar.
»Sintiendo que la nacion
que dió vida á un Nuevo Mundo,
deje morir infecundo
del naval auge el florón.»

D. Alfonso debe consolarse con este *florón del auge naval* pensando que el autor de estas tiradas de versos se declara «custodio de su trono y pregonero de sus virtudes.» Con amigos de esta naturaleza es imposible que ningun cristiano se pueda morir.

Por último, esta pepitoria literaria y *fosforítica* termina de esta manera:

«Lumbreras del gran partido,
génios de su porvenir,
almas que saben sentir
pátrio amor enaltecido;
»Recordad el juramento
que en un arranque brioso,
hizo un marino famoso,
á la faz del Parlamento;
»Y recordad el programa,
que en la ALHAMBRA refulgente

RIGOLETO



Al hiquí, al hiquí

labró una voz elocuente,
voz que á los buenos inflama:

»Y llenos de abnegacion
y apurando sacrificios,
inundad de beneficios
al Trono y á la nacion.

»A luchar, pues, con nobleza,
á conquistar el poder,
y torne Iberia á teger
en las olas su grandeza.

»Y cuando ALFONSO el querido
tenga la Izquierda á su lado,
y mire el hombre de Estado
su bello ideal cumplido;

»Entonces vendrá la historia
con su severa justicia,
y apartará la inmundicia,
del campo de nuestra gloria.»

¡Dios mío! Tened piedad de esta nacion que produce Homeros que llaman lumbreras de un gran partido, á las arañas, quinqués y claraboyas de la izquierda dinástica; recordándonos el programa

«que en la Alhambra *refulgente*
labró una voz elocuente»,

que inflama á los buenos y los llena de abnegacion para conquistar el poder á fin de que

»torne Iberia á teger
en las olas su grandeza,
viniendo despues la historia
con su severa justicia
á escamondar la inmundicia
del campo de.....

¡Ay! no puedo más.

¡Cuántas víctimas en esa reducida selva, donde las musas, convertidas en gazapos, en vez de sufrir la muerte la dan!

Declaro con juramento, aunque no soy ministerial, que los anteriores versos sólo pueden parecerme buenos comparándolos con un soneto de otro autor fosforito, que los sirve de pedestal, y cuya glosa he de permitirme hacer para conclusion de esta ensalada.

Hé aquí el soneto:

A LA IZQUIERDA.

Despues de cien sangrientas convulsiones
(¿Ciento no más? Aumente usted melones)
Brilló por fin de libertad el día
(Me arropo, que esa noche está muy fría)
Que haciendo renacer nuestra alegría,
(La tuya pudo ser, que no la mía)
De entusiasmo exhaltó los corazones.
(Sin duda vieron liebre esos pachones).
¡Vana ilusion!.... muy pronto las pasiones
(Sardoal, tómate estos mogicones)
Con su ciega y satánica osadía
(Con Nieto, con Gasset y la jauría)
Nos tienen otra vez en torpe orgía
(Eso quisieras tú, mas no hay tu tia)
De escándalos, miserias y traiciones.
(La comida de siempre, tragantones).
Ante este triste cuadro en ¡ay! profundo
(Ay ay ay mutillac, cielos, me jundo),
Pidiendo el pueblo está orden, justicia,
(Te salió cojo el verso ¡qué malicia!)
Moralidad fructífera y severa.
(¿De frutas hablas ya?—Come una pera)
Y tras ese propósito fecundo
(Acaba de parir, hombre, ó te tundo)
Vá nuestra hueste, que de vil codicia
(No la trates tan mal, que es injusticia)
destruya hoy el poder nuestra bandera.
(¿No es hermoso el soneto?... ¡Friolera!)

BUFONADAS.

Ha sido suprimida por el Ilmo. señor Obispo de Barcelona la Academia de la Juventud Católica de dicha ciudad. De una correspondencia de aquella capital que publica *El Siglo Futuro*, cortamos nada más que este retazo, con el cual pueden arroparse los mestizos en lo que resta de invierno:

«Este es el resultado, y de él se alegran todos los papuchos liberales de esta ciudad, y de él se complacen los católicos liberales, apóstoles de las transacciones y componendas; alguno de ellos se rie en estos momentos, no pudiendo reprimir su satisfacción.»

Es natural, como diría *La Correspondencia*.

Y figúrense Vds. lo que harán los católicos verdaderos viendo complacidos á esos santos padres catalanes que se llaman el *Diario de Barcelona*, *El Diluvio*, *El Principado* y *La Campana*.

¡Bienaventurados los que lloran!

La fórmula de la proposicion contra los principes, aceptada por el nuevo Gabinete francés, ha sido aprobada por la mayoría de la Cámara; pero se cree que en el Senado naufragará por completo.

El ex-presidente Duclerc sigue en cama, observando el dictámen facultativo, que le prescribe el reposo.

El presidente Faillieres sigue tambien en cama reposando.

Y si la proposicion se ahoga en el Senado, volverá á

plantearse la crisis, y se encarga de formar Gabinete monsieur Ferry.

El cual caerá tambien mareado, necesitando reposo.

Es la primera necesidad de la república francesa: el descanso.

Pero el descanso eterno.

Un senador posibilista, el Sr. Ortiz de Pinedo, ha tomado parte interesante en la discusion del juramento.

Para defender á los ateos, que no pueden jurar por Dios porque no creen en Él, ni prometer por su honor, para no declararse ateos públicamente.

¡Pobrecitos! No podia faltarles la caridad; y el Sr. Ortiz de Pinedo los anegó con grandes churretadas de ternura, reivindicando sus derechos á la consideracion de las gentes.

Lo que prueba que en nuestro venturoso país todos los crimenes tienen defensor.

Y ni aún las bestias se quedan sin defensores.

En el Sr. Ortiz de Pinedo nadie podia extrañar la calorosa defensa que hizo de los ateos, porque se sabe desde muy antiguo que este posibilista de última hora cree en su vientre, y es natural que defienda á la materia contra los pinchazos del espíritu.

Pero en el marqués de Molins, ultramontano de ayer, moderado de ocasion y conservador de la esperanza de la embajada de París, chocó, hasta cierto punto, verle apoyar la solucion liberal del gobierno sobre el juramento con un ardor que debia despertar los celos del Sr. Corradi, único farol cuyas luces compiten con las del viejo marqués.

Pero despues de haber oido á Elduayen expresarse como un liberal convicto y confeso, á nadie debe extrañar ver á Molins en camino de llegar á ser capitán de milicianos.

Es conservador, y por conservarse puede llegar hasta los últimos límites de la escuela: hasta la diablura.

Es mestizo, y puede serlo todo.

Ménos santo.

Como argumentacion modelo en pro del juramento, merece, y debe citarse, este pensamiento erótico del marqués de Molins:

«¿A qué viene esa resistencia á prestar el juramento? ¿Quién hay entre nosotros que no haya jurado en su vida amor eterno á una persona?»

Así, para el marqués de Molins, jurar á D. Alfonso es equivalente á jurar á una novia.

La solidez de la razon aducida corre parejas con el favor que dispensa al monarca constitucional.

Porque gastando éste pantalones, le pone faldas.

Para endulzar el amargo de la paradoja anterior, el marqués de Molins llamó á D. Alfonso «representante de la legitimidad del derecho, de la legitimidad de la victoria, de la legitimidad de la voluntad nacional.»

Yo creo que más le hubiera complacido llamándole representante de la legitimidad de los pantalones.

Porque pidiendo que se le jure como á una novia, siempre resultará que todas esas legitimidades son femeninas.

Y estamos seguros de que D. Alfonso estimará más su sexo que los juramentos de amor del marqués de Molins.

Declarado liberal el marqués de Molins y partidario de la voluntad nacional y de los juramentos de amor, no podia quedarse á la cola el Sr. Cánovas del Castillo.

Hé aquí cómo describe *La Integridad* esta conversion:

«Antes de que se promueva en el Congreso el debate sobre la cuestion del juramento, nuestro amigo y jefe el señor Cánovas del Castillo reunirá á los diputados de la minoría conservadora para aconsejarlos la conveniencia de transigir y de aceptar una fórmula que sea un poco más liberal y expansiva, y en armonía con la adoptada en el Senado.»

Tenemos, pues, que Sagasta, desde las lógias, se viene al Decálogo y Cánovas desde el Decálogo se va á las lógias. Los caminos de la libertad son tan socorridos.

Por eso el Sr. Castelar formó aquella preciosa cadena que empieza en la Union Católica y termina en el pacto sinalagmático.

Cadena cuyo primer eslabon se pretende que sea Dios y el último el diablo.

Lo cual es absolutamente imposible.

Aunque para los liberales todo es posible.

La Izquierda Dinástica celebra las glorias del hombre del casco y del lloron con estas caricias:

«El general ha sido muchas cosas.

Semi-carlista, semi-republicano y semi-conservador.

Ahora ejerce de semi-fusionista, pero mañana será lo que Dios quiera.

Cualquier cosa.»

Estando de moda los semi-hombres, desde que el folleto Carreras nos ha dado á conocer las opiniones de un tribunal de París sobre el conde de San Antonio, hijo de los duques de la Torre, creemos que á *La Izquierda* se le ha quedado en el tintero un semi que quizás le venga á don Arsenio como anillo en dedo.

El de semi-general.

«Anuncia *El Tiempo* que ha visto la luz pública el folleto contestacion al del Sr. Carreras. Se titula: *Defensa de los duques de la Torre*, por D. Francisco Serrano y Dominguez, conde de San Antonio, y D. Juan Chinchilla. Forma un elegante volúmen de 167 páginas.»

La elegancia del volúmen no es lo que debe prestar mayor fuerza á la defensa; pero bueno es que se la vista con alguna decencia, porque la causa no puede ser más pobre. Como que no se litigan más que veinte millones de reales.

Y los intereses.

Lo demás es una cuestion de moralidad que se resuelve con una definicion que hizo Selgas de la moral.

Diciendo que es un árbol que sólo se cria ya en los cementerios.

Parece que el marquesito de Sardoal ha empezado ya á incomodarse con el gobierno.

Era ya razon, porque el marquesito de Sardoal llevaba más de veinticuatro horas de ministerial, y para este apunte de la democracia aristocrática, veinticuatro horas son una eternidad, tratándose de mantener una posicion.

Hé aquí como, segun dice un periódico, empieza á cumplirse esta profecía:

«Los amigos del marqués de Sardoal andan, segun se dice, un tanto enojados en estos días con el Sr. Sagasta, porque no da á esta hijuela de la democracia dinástica los distritos que aquellos esperaban.»

Parece que hay muchos compromisos tambien de parte de los constitucionales, y no hay distritos para prodigarlos.»

Pues como no haya distritos, no habrá Sardoales para representar la ficcion de la democracia.

Y el gobierno, sin esa ficcion, no podrá acabar de subir la cuesta del Carnaval político.

Y eso que tiene un ministro roto que puede dar juego.

El ministro Giron.

Pero ya se sabe que un giron elevado al poder, nunca puede ser más que un pedazo de ministro.

Mientras que Sardoal, dentro del ministerio, seria capaz de hacernos creer que valia por ministro y medio.

Leo que el ayuntamiento de Madrid proyecta un empréstito de seis millones de pesetas.

Ya le cayó al prestamista el premio gordo de la lotería de Navidad.

Y en el mismo periódico donde leo la noticia de esta operacion financiera, hallo tambien esta otra que me acaba de tranquilizar los nervios:

«Tambien examinará las cuentas del ensanche de 1868-69, ejercicio extraordinario del mismo año y de depósitos de 1869-70.»

Si en 1882 va á examinar el ayuntamiento las cuentas del ensanche de 1868-69 y de depósitos de 1869-70, las del empréstito que está en puerta no serán examinadas hasta fin del siglo presente.

O del que viene.

Lo cual nos da lo mismo á los buenos españoles.

En el último Consejo de ministros fué objeto de una ovacion casi estrepitosa el nuevo de Hacienda, Sr. Cuesta, por parte de sus compañeros.

Hé aquí la razon, tomada de un periódico:

«La cobranza de las contribuciones é impuestos sigue en progresivo aumento. A pesar de no ser mes de recaudacion y de las malas condiciones de algunas de nuestras provincias, se han obtenido sobre 10 millones de pesetas más que en igual mes del pasado año.»

¡Es decir, que haber recaudado 10 millones más que el año anterior, á pesar de no ser mes de recaudacion y de las malas condiciones de algunas provincias, es una gloria!

Pues aún falta el rabo por desollar.

El mismo periódico añade este trozo de filosofia:

«De seguir así, como es de esperar, en los meses sucesivos, pronto se convencerán aun los más incrédulos, que el estado de nuestra Hacienda es en extremo satisfactorio.»

¿Y el de los contribuyentes?

Extremado tambien.

Hé aquí dos extremos que se tocan y se romperán mutuamente la crisma.

El asunto de la caricatura es conocido. RIGOLETO juega al hígü con los rebeldes y los mestizos; pero el hígü oculta un anzuelo, y ¡por la boca muere el pez!